

**ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TESALONICENSES
Y CANTAR DE LOS CANTARES 7—8**

**Andar como es digno de Dios
(Mensaje 5)**

Lectura bíblica: 1 Ts. 2:12; Fil. 1:20-21a; Ro. 8:4; Gá. 5:16, 25

- I. Como creyentes en Cristo y como hijos de Dios que somos, debemos andar como es digno de Dios—1 Ts. 2:12:
 - A. El versículo 12 de 1 Tesalonicenses 2 nos da una explicación de 1:1; para que la iglesia esté en Dios Padre y en el Señor Jesucristo de una manera concreta, los creyentes deben andar como es digno de Dios—Ef. 4:1, 17; 5:1-2, 8; 2 Co. 5:7; 1 Jn. 1:7; 2:6.
 - B. Andar como es digno de Dios, de hecho, significa vivir a Dios—Fil. 1:20-21a:
 1. Nuestra vida diaria debe ser en realidad Dios mismo—Jn. 5:26:
 - a. Dios es el único que es digno de Sí mismo, y nadie puede igualarle o compararse con Él—1 P. 1:15-16.
 - b. Puesto que solamente Dios es digno de Sí mismo, andar como es digno de Dios significa vivir a Dios, es decir, expresar a Dios en nuestra vida diaria—1 Co. 10:31:
 - 1) Por ser hijos de Dios, que poseen Su vida y Su naturaleza, podemos andar como es digno de Dios al vivirlo a Él—Jn. 1:12-13; 1 Jn. 3:1.
 - 2) Vivir la vida de Dios significa vivir por Dios e incluso vivir a Dios mismo.
 - 3) Sólo una vida que vive a Dios es digna de Dios; cuando vivimos a Dios, andamos como es digno de Él—Fil. 1:20-21a; 1 Ts. 2:12.
 2. La economía de Dios consiste en que Dios mismo sea nuestra vida y en que le vivamos; el propósito de Dios según Su economía es impartir a nuestro ser Su elemento,

- Su sustancia y los ingredientes de Su naturaleza, a fin de que le vivamos—1 Ti. 1:4; Ef. 3:16-19; Fil. 1:20-21a.
3. Conocer a Dios es vivirle, y vivir a Dios es conocerle—He. 8:10-11.
 4. La meta que Dios se ha fijado en Su economía es que nosotros, Su pueblo escogido y redimido, poseamos interiormente Su vida y Su naturaleza, y manifestemos externamente Su imagen y semejanza—Gn. 1:26; 2:9:
 - a. En el ámbito de la vida divina y por la ley de la vida divina, Dios será forjado en nosotros, y nosotros le viviremos y llegaremos a estar constituidos de Él, esto es, de Su vida y naturaleza mas no de Su Deidad—Ro. 8:2, 6, 10-11, 29.
 - b. Finalmente, llegaremos a ser una entidad corporativa —el Cuerpo de Cristo— y seremos uno con Él y le viviremos, con miras a Su expresión corporativa—Ef. 4:4-6.
 5. El propósito de Dios era hacer de Job un hombre de Dios, lleno de Cristo, quien es la corporificación de Dios, de modo que él llegara a ser la plenitud de Dios con miras a la expresión de Dios en Cristo—1 Ti. 6:11; 2 Ti. 3:17; Ef. 3:16-19:
 - a. Dios disciplina a Su pueblo santo con el propósito de despojarlo de todo cuanto posee y hacer que reciba a Dios como su única ganancia—Job 2:4-6.
 - b. La intención de Dios consiste en demolernos y reconstruirnos consigo mismo como nuestra vida y naturaleza, a fin de que seamos personas que son absolutamente uno con Él.
 - c. La obra que Dios hizo en Job, la cual consistía en despojarlo y consumirlo, tenía como fin demolerlo para que así Dios pudiera tener una base y un camino para reconstruirlo consigo mismo, y hacer de él un Dios-hombre—42:1-6.
 6. Andar como es digno de Dios al vivirlo a Él, equivale a llevar la vida del Dios-hombre:
 - a. Es preciso que veamos que somos Dios-hombres que hemos nacido de Dios y pertenecemos a Su especie—Jn. 3:3, 5-6.

- b. Un Dios-hombre vive a Dios y le expresa; el vivir de un Dios-hombre es la vida que Dios lleva en el hombre—Fil. 1:20-21a.
 - c. Los Dios-hombres son personas divinas y místicas, que lo hacen todo con Dios, en Dios, por Dios y mediante Dios—1 Co. 10:31; Col. 3:17.
- II. Andar como es digno de Dios es andar conforme al espíritu mezclado, lo cual significa vivir, actuar, conducirnos y hacerlo todo conforme al Espíritu que mora en nuestro espíritu—Ro. 8:4; Gá. 5:16, 25:
- A. El espíritu mencionado en Romanos 8:4 no es meramente el Espíritu de Dios, ni simplemente el espíritu humano; más bien, es el espíritu mezclado, la mezcla del Espíritu de Dios con el espíritu humano—1 Co. 6:17.
 - B. Andar conforme al espíritu mezclado no sólo significa andar conforme al Espíritu de Dios sino también seguir la dirección de nuestro espíritu regenerado, en el cual mora el Espíritu de la vida de Dios—Jn. 3:6; Ro. 8:2, 10-11.
 - C. Obedecer el sentir de vida, obedecer la enseñanza de la unción y andar conforme al espíritu son tres aspectos de una misma cosa—v. 6; 1 Jn. 2:27:
 1. Obedecer el sentir de vida es algo que está relacionado con Cristo como vida, y tiene que ver con la vida divina—Ro. 8:6; Col. 3:4.
 2. Obedecer la enseñanza de la unción es algo que está relacionado con el Espíritu Santo como la unción que se mueve continuamente en nosotros, y tiene que ver con el Espíritu de vida—Ro. 8:2.
 3. Andar conforme al espíritu es andar conforme al espíritu mezclado, lo cual tiene que ver no solamente con el Espíritu de vida sino también con nuestro espíritu regenerado—v. 4; 1 Co. 6:17.
 - D. Andar conforme al espíritu mezclado hace que nuestra carne, nuestro yo y nuestra vida natural pierdan su posición y su función—Gá. 5:16; Mt. 16:24; 1 Co. 2:11-15.
 - E. Andar conforme al espíritu mezclado hace posible que el Dios Triuno procesado y consumado —el Espíritu— tenga plena potestad en nosotros, a fin de que seamos uno con Él con miras a Su expresión corporativa—Ef. 3:16-21.

- F. Cada creyente en Cristo debe practicar dos maneras de andar por el Espíritu—Gá. 5:16, 25:
1. Conforme a la primera manera de andar (*peripatéo*), tomamos al Espíritu como la esencia de nuestra vida para nuestro vivir diario—v. 16.
 2. Conforme a la segunda manera de andar (*stoiyéo*), tomamos al Espíritu como nuestro camino a fin de cumplir el propósito de Dios y alcanzar la meta de nuestra vida en la tierra—v. 25.
- G. Al andar conforme al espíritu mezclado, nos mantenemos bajo la “lluvia” de la impartición divina de la Trinidad Divina—Ro. 8:4, 11.
- H. Por último, la Biblia nos muestra que sólo una cosa se requiere de nosotros: que andemos conforme al espíritu mezclado—v. 4.
- I. Andar conforme al espíritu mezclado equivale a permitir que el Dios Triuno procesado nos llene y nos colme hasta saturarnos por completo, a fin de que Él pueda expresarse por medio de nosotros de forma corporativa como el Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén—Ef. 3:16-21; 4:4-6, 16; Col. 1:27; 2:19; 3:4, 10-11; Ap. 21:2, 10-11.

MENSAJE CINCO

ANDAR COMO ES DIGNO DE DIOS

Oración: Señor, te agradecemos que estamos reunidos en torno a Tu palabra para recibir algo nuevo de Ti. Señor, te alabamos por ser el Dios Triuno procesado y consumado quien, como Espíritu vivificante, ahora estás en nuestro espíritu y te has mezclado con nosotros para que seamos un solo espíritu contigo. Señor, estamos aquí dependiendo de Ti. Estamos aquí, en este espíritu mezclado, para ser uno contigo. Ya sea que hablemos o que escuchemos, te pedimos que nos mantengas en nuestro espíritu mezclado. Es en nuestro espíritu mezclado donde Tú te hallas y donde se halla Tu economía. Y es aquí donde nosotros podemos vivir así como Tú vives. Señor, bendice esta palabra a fin de que seamos dignos de Ti. Amén.

En el mensaje cuatro vimos, tal como se nos presenta en 1 Tesalonicenses, que el apóstol Pablo es un modelo maravilloso. Pablo ministró a los tesalonicenses por muy poco tiempo, y sin embargo, pudo decirles en 2:12: “A fin de que anduvieseis como es digno de Dios”. Si bien el tiempo que Pablo estuvo con los tesalonicenses fue muy breve, su ministerio produjo en ellos tal resultado que pudo decirles semejantes palabras. Si analizamos estas palabras, nos daremos cuenta de que son una declaración muy osada. Ciertamente, esta pequeña frase nos revela un cristal muy precioso, el cual se halla en 1 Tesalonicenses. Alabado sea el Señor que podemos andar como es digno de Dios.

En el título de este mensaje vemos dos asuntos: andar y ser dignos de Dios. Andar se relaciona con nuestra vida diaria, con nuestro modo de vivir y con la manera en que nos conducimos. La economía de Dios no se centra en la manera en que servimos a Dios u obramos para Él, sino en la manera en que vivimos. La palabra *andar* no hace referencia a un andar físico y externo, sino, más bien, a nuestra vida cotidiana, a nuestro modo de vivir, a la manera en que nos conducimos. La economía de Dios consiste en que Dios se imparte en nosotros con el fin de obtener un pueblo que lleve una vida diaria y que tenga un modo de vivir digno de Dios.

A menudo, al hablar de ser dignos de algo, hacemos referencia a ciertas normas y criterios, como por ejemplo: ser dignos de un premio o de una posición. No obstante, aquí Pablo se está refiriendo a la persona misma, es decir, que andemos como es digno de Dios, digno de la persona divina. Esta persona es el propio Dios, quien es amor, luz, santidad y justicia. Decirles a los tesalonicenses que anduviesen como es digno del Dios que es santo, resplandeciente, amoroso y justo, fue una declaración muy osada por parte de Pablo. Ser dignos de un premio, de una medalla o de cierta posición, es una cosa; pero, ¿quién puede ser digno de la persona de Dios, quien es santidad, justicia, amor y luz? En virtud de la vida que Pablo llevó, la cual era una vida que ministraba a los demás, vemos que en poco tiempo él fue capaz de llevar a los tesalonicenses a un nivel en que pudo decirles que anduviesen “como es digno de Dios”. Sin duda alguna, Pablo no estaba haciendo una obra cristiana común y corriente, sino que estaba ministrando al propio Dios Triuno a los tesalonicenses. Al ministrar al Dios Triuno e impartirlo en ellos, Pablo tenía la esperanza de que este grupo de creyentes desarrollara una manera de andar, un modo de vivir, que fuera digna no simplemente de un premio, de algún logro o posición, sino de Dios mismo, quien es el Dios santo, amoroso, resplandeciente y justo.

En el libro de Éxodo vemos que los Diez Mandamientos dados por Dios a través de Moisés en el monte Sinaí representan un cuadro que revela al Dios maravilloso, demostrándonos cuán santo, justo y celoso Él es. Cuando los hijos de Israel llegaron al monte Sinaí, Dios les dio instrucciones por medio de Moisés, diciéndoles: “Ahora, pues, si die-reis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra” (19:5). De inmediato, los hijos de Israel respondieron y dijeron: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (v. 8). Aparentemente esta respuesta era muy positiva, pues respondieron a Dios diciendo: “Sí, nosotros lo haremos. No hay problema. Lo que Tú digas, eso haremos”. Sin embargo, esa respuesta inquietó a Dios en gran manera, pues puso en evidencia la verdadera condición de los hijos de Dios: ellos no se conocían a sí mismos ni tampoco conocían a Dios. Ellos pensaban que podían alcanzar la norma de lo que Dios era y guardar Sus mandamientos. La Biblia revela que, mientras Moisés todavía estaba en el monte, los hijos de Israel ya habían quebrantado al menos los primeros tres mandamientos. Fueron muy osados al decir: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos”, pues en realidad, ellos no tenían la

capacidad ni la habilidad de cumplir lo que Dios les había dicho. Dios no les dio la ley para que la guardasen, sino para ponerlos al descubierto y darles a conocer que necesitaban a Dios. Ellos jamás debieran haber dicho: “Todo lo que Tú digas, eso haremos”, sino que debieran haberse humillado delante de Dios diciéndole: “Dios, te necesitamos”.

Por esta razón Dios, por medio de Jeremías, dijo: “Porque dos males ha hecho Mi pueblo; / Me dejaron a Mí, / Fuente de agua viva, / Y cavaron para sí cisternas, / Cisternas rotas / Que no retienen agua” (Jer. 2:13). El pueblo de Dios debe depender de Dios. Dios es su fuente y su suministro. Dios es su fuente de agua viva. No obstante, en lugar de depender de Dios, le abandonaron y cavaron para sí cisternas rotas que no podían retener agua.

Los Diez Mandamientos nos dan un cuadro de Dios al mostrarnos quién es este Dios y lo que Él es; sin embargo, el pueblo de Dios, debido a la carne y a su ser caído, no es digno de Él. En ellos mismos y por sí mismos, les es imposible alcanzar la norma que corresponde a lo que Dios es. Los Diez Mandamientos fueron dados con el objetivo de poner al descubierto la verdadera condición del pueblo de Dios.

Si hemos de ser dignos de Dios, toda nuestra confianza debe estar puesta únicamente en Dios; necesitamos a Dios. No debemos ser como los hijos de Israel, quienes en su arrogancia, pensaron: “No somos tan malos; somos capaces; podemos hacerlo”. No debemos ser arrogantes; más bien, debemos ver que estos Diez Mandamientos, cada uno de ellos, son un cuadro que nos muestra quién es Dios. La única manera de alcanzar la norma de Dios, corresponderle en todo lo que Él es, expresarle y ser dignos de Él, es recibirle. Por consiguiente, nuestro único camino consiste en acudir a Dios mismo.

Este mensaje habla sobre el andar que es digno de Dios. No debemos ser arrogantes como los hijos de Israel; no debemos decir: “Sí, yo puedo ser digno de Dios”. No debemos responder tan precipitadamente. No podemos ser dignos de Dios valiéndonos de nuestro propio esfuerzo ni de nuestras propias obras; es por la misericordia de Dios, por Su luz y por Su revelación que podemos ver y conocer el camino de Dios. Podemos ser dignos de Dios sólo al vivir a Dios mismo, al ser uno con Él y al depender de Él por completo. No hay otro camino.

Esta frase en 1 Tesalonicenses 2:12 nos revela un cristal maravilloso, el cual se halla en este corto libro escrito a la iglesia en Tesalónica, una iglesia joven. Decirles a estos jóvenes creyentes que ellos podían andar

“como es digno de Dios”, es en realidad una verdad elevada, esto es, la cumbre de la revelación divina. Quisiera recalcar lo que el hermano Lee nos dijo: no tengamos temor de hablarles a los nuevos creyentes sobre temas profundos. Pablo estuvo menos de un mes con estos nuevos creyentes, sin embargo, pudo lograr que ellos asimilaran temas de gran profundidad. Nunca debiéramos decir: “Estos nuevos creyentes, estos jóvenes, no entienden”. Por el contrario, debemos reconocer que somos nosotros los que no sabemos cómo presentarles estos temas. En el corto tiempo en que Pablo ministró entre los tesalonicenses, los llevó a comprender que ellos podían andar como es digno de Dios.

COMO CREYENTES EN CRISTO Y COMO HIJOS DE DIOS QUE SOMOS, DEBEMOS ANDAR COMO ES DIGNO DE DIOS

Como creyentes en Cristo y como hijos de Dios que somos, debemos andar como es digno de Dios (v. 12). No somos simplemente un grupo de pecadores que han sido redimidos; somos creyentes de Cristo e hijos de Dios. Un creyente se caracteriza por ser uno que recibe y no uno que hace obras. Al creer en Cristo, entramos en una unión orgánica con Él. Alabado sea el Señor que no somos un grupo de discípulos procurando cumplir con los reglamentos de una nueva religión; más bien, somos creyentes que están en una persona maravillosa. Al creer en Cristo, entramos en una unión orgánica con Él; llegamos a ser uno con Cristo al creer en Él. Somos creyentes, y también somos hijos de Dios.

La iglesia en Tesalónica estaba en Dios Padre. Dios era el Padre de los tesalonicenses. Dios no sólo había dado inicio a la iglesia, sino que era el Padre de ellos. Todos los creyentes que componían la iglesia en Tesalónica habían sido engendrados por Dios. Los tesalonicenses poseían la vida y naturaleza del Padre. Eran los hijos del Padre. Esto los hizo aptos para que pudieran andar como era digno de Dios. Ser meramente buenos cristianos, buenos discípulos, no nos hace aptos para andar de esta manera. Es menester que seamos creyentes, y es menester que seamos hijos de Dios.

El versículo 12 de 1 Tesalonicenses 2 nos da una explicación de 1:1; para que la iglesia esté en Dios Padre y en el Señor Jesucristo de una manera concreta, los creyentes deben andar como es digno de Dios

El versículo 12 de 1 Tesalonicenses 2 nos da una explicación de 1:1;

para que la iglesia esté en Dios Padre y en el Señor Jesucristo de una manera concreta, los creyentes deben andar como es digno de Dios (Ef. 4:1, 17; 5:1-2, 8; 2 Co. 5:7; 1 Jn. 1:7; 2:6). En el primer mensaje escuchamos una maravillosa palabra sobre 1 Tesalonicenses 1:1 respecto a “la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo”. Ciertamente sí existe tal iglesia en Dios Padre y en el Señor Jesucristo, la cual expresa todos los atributos divinos, las características divinas, del Padre así como también todas las inescrutables riquezas del Señor Jesucristo; ello se debe a que los creyentes, quienes son los que componen la iglesia, andan como es digno de Dios.

De manera concreta, este Dios es la totalidad de todos los atributos divinos. Si agrupamos todos los atributos divinos —amor, justicia, santidad, vida y luz—, vemos que la totalidad de dichos atributos equivale a Dios. Éste es nuestro Dios. Cuando los creyentes viven y andan como es digno de Dios, son hechos aptos para ser esta iglesia, una iglesia que está no solamente en una localidad sino también en Dios Padre y en el Señor Jesucristo. Al andar los creyentes tesalonicenses como era digno de Dios, ellos fueron hechos uno con Dios, vivieron a Dios, expresaron a Dios y llegaron a ser la expresión práctica del Dios Triuno en la ciudad de Tesalónica.

Andar como es digno de Dios, de hecho, significa vivir a Dios

Andar como es digno de Dios, de hecho, significa vivir a Dios (Fil. 1:20-21a). La expresión *vivir a Dios* se usa con mucha frecuencia entre nosotros, pero no estoy seguro de que todos la entendamos. Muchos cristianos están familiarizados con la expresión *vivir para Dios*. Es posible que algunos de ellos renuncien a su futuro, salgan como misioneros y dediquen toda su vida a servir a Dios y vivir para Él. Quizás ellos entreguen a Dios todo lo que tengan y vivan para Dios; esto lo podemos entender fácilmente. Sin embargo, hoy no estamos hablando meramente acerca de vivir para Dios, sino de vivir a Dios mismo.

Quizás muchos de nosotros tengamos un mejor entendimiento respecto a este tema, a saber: no sólo vivimos para Dios, sino que también vivimos por Él. Esto quiere decir que, para nosotros, Dios es alguien en quien nos apoyamos, tal como un anciano se apoya en un bastón. Vivimos por medio de Dios y nos recostamos en Él como apoyo. Esto no está mal. Es mejor que laborar para Dios objetivamente. Pero aunque hayamos aprendido a vivir por Dios, esto no es suficiente. Tenemos que vivir a Dios si hemos de ser considerados dignos de Él.

¿En qué consiste vivir a Dios? Todos debemos reflexionar sobre ello. Por causa de los nuevos creyentes y de los jóvenes que hay entre nosotros, tengo la carga de explicar más respecto a lo que significa vivir a Dios. Todos nacimos en el ámbito de la vida natural. Ya sea que seamos chinos, estadounidenses o coreanos, todas nacimos en el ámbito de la vida natural. Luego, fuimos educados en nuestra cultura. A medida que crecimos, fuimos formados por nuestra cultura y moldeados por la misma. Entonces, en cierta etapa de nuestra vida fuimos salvos. Después de ser salvos, probablemente estuvimos un tiempo en el cristianismo o bajo su influencia. Ya sea en la Iglesia Católica, en las denominaciones o en los grupos libres, todos fuimos moldeados de alguna manera por la religión.

A lo largo de todos estos años, en nuestra vida natural, cultura y religión hemos adquirido muchas cosas, a saber: conocimiento, hábitos y normas respecto a qué hacer y qué no hacer. Gran parte de nuestra vida cotidiana se compone de lo que hemos adquirido proveniente de nuestra vida natural, de la cultura en que hemos sido criados y también de la religión en que fuimos salvos. Saulo de Tarso era un judío implacable. El vivió en la religión judía y se dedicó a ella. En cuanto a celo, él persiguió a aquellos que seguían a Jesús. Aparentemente, realizaba una labor de persecución, pero en realidad, tal labor era fruto de la clase de vida que él llevaba. Él llevaba una vida judía, una vida de fariseo. Todo lo que hacemos, incluso después de haber llegado al recobro del Señor, está en conformidad con los hábitos que hemos adquirido en el ámbito de nuestra vida natural, cultura y religión.

Quizás al principio vimos algo, fuimos verdaderamente refrescados por una visión, pero después de un tiempo es posible que hayamos caído en una especie de rutina, incluso al estar en las iglesias locales en el recobro del Señor. Quizás en el pasado íbamos a los casinos, pero hoy vamos a las reuniones de la iglesia. Antes portábamos un maletín, o una bolsa de moda, pero hoy traemos a la reunión un bolso que contiene la Biblia. Hemos amoldado nuestro comportamiento a la vida de iglesia, pero ¿emana esa conducta de nuestro modo de vivir o emana de nuestro esfuerzo por conformarnos a algo? En el pasado solíamos llevar el cabello largo, pero ahora, en la vida de iglesia, lo llevamos corto. Quizás no solíamos ponernos zapatos, pero ahora, en la vida de iglesia, sí lo hacemos. ¿Son estos cambios simplemente el resultado de conformarnos a ciertos hábitos, a alguna actividad o a una conducta? O ¿son el fruto de haber experimentado algo o a alguien? Lo que

expresamos en nuestro vivir, ¿se debe a que hemos experimentado a Cristo?

Debido a nuestra vida natural, cultura y religión hemos sido adiestrados respecto a nuestra conducta, incluso en el ámbito de la vida de iglesia. La Biblia, la revelación divina, nos muestra que Dios no desea que nos comportemos de cierta manera ni que llevemos a cabo cierta actividad. Dios desea que nosotros le vivamos a Él. Éste es un punto fundamental revelado en la Biblia. De hecho, éste es el tema central de la revelación divina contenida en la Biblia. Dios no desea que nos comportemos de cierta manera ni que hagamos esto o aquello, sino que le vivamos a Él. Él desea ser nuestra vida. Es por esta razón que después de crear a Adán, Dios de inmediato lo puso frente al árbol de la vida con la expectativa de que Adán comiera de ese árbol, el cual tipifica a Dios como vida para el hombre. No era la intención de Dios que Adán aprendiera cómo comportarse, sino que viviera por medio de Dios mismo como vida. De igual manera, cuando el Señor Jesús vino, Él vino para darnos vida, para impartirnos vida. En Juan 14 el Señor, hablando con Sus discípulos acerca del día de resurrección, les dijo: “Porque Yo vivo, vosotros también viviréis” (v. 19). La vida cristiana consiste en *vivir* y no en *hacer*. A lo largo de toda nuestra vida hemos sido entrenados a actuar de cierta manera. Podemos discernir lo bueno de lo malo, lo correcto de lo incorrecto. Elegimos lo bueno y lo correcto; rechazamos lo malo y lo incorrecto. Con todo, es posible que nuestra vida no sea más que la acumulación tanto de los conocimientos que hemos adquirido como de nuestros hábitos pasados. Lo que Dios desea es que vivamos por Él al tomarle incesantemente como nuestra vida.

Saulo de Tarso llevaba una vida judía, una vida de fariseo. Por esa razón hizo lo que hizo. Hoy, ¿qué estamos haciendo nosotros? ¿Cómo llevamos a cabo nuestra vida cristiana? ¿Acaso se trata sólo de leer la Biblia y asistir a las reuniones diariamente? Conforme a la norma de algunos, ese tipo de persona sería considerado como un cristiano maravilloso: todos los días lee la Biblia y asiste a las reuniones. Sin embargo, la cuestión es la siguiente: “¿Se trata meramente de algo que esa persona hace o de la vida que ella lleva?”. El Señor en resurrección es ahora el Espíritu vivificante, y como tal, Él desea vivir en nosotros para que a medida que Él viva, nosotros también vivamos. ¿Por qué venimos a las reuniones, entonamos cantos, ofrecemos oraciones y testificamos? Estas cosas no deberían ser sólo prácticas, hábitos o costumbres de las iglesias locales, sino la expresión de la vida que

llevamos. Nosotros disfrutamos a Cristo, y por ende, Cristo rebosa de nuestro interior. En esto consiste nuestro vivir.

Así que, siempre que hagamos algo por cuenta propia, aunque sea lo mejor, lo más elevado o lo más espiritual, no andamos como es digno de Dios. Isaías 64:6 dice: “Todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia”. Todo lo que tratamos de lograr o hacer, todas nuestras mejores obras, nuestra justicia, todo es como trapos de inmundicia y andrajos mugrientos. A los ojos de Dios, en nosotros mismos no somos dignos de Él. Nosotros podemos presentarle a Dios lo mejor que tenemos, pero para Dios sólo Él es aceptable. Lo que Dios desea es que le vivamos a Él. Él, como Espíritu, ha entrado en nosotros para ser nuestra vida. Y ésta es la vida por la que debemos vivir. Deseo que, incluso en este momento, lo que les hable no sea fruto de mi conducta, sino producto de la vida divina. Igualmente, ustedes deben escuchar y leer en la esfera de esta vida. Es mi anhelo que, mientras ustedes reciben y disfrutan la palabra y yo les hablo, todos estemos aquí viviendo dicha vida. Hay una notable diferencia entre hacer y vivir. Lo que está en el corazón de Dios no es que nosotros hagamos algo o nos comportemos de cierta manera, sino que vivamos esta vida, que vivamos a Dios. No es nuestro objetivo vivir simplemente para Él o por medio de Él; Dios desea que le vivamos a Él. Porque Él vive, nosotros también vivimos.

¿Qué le motiva a usted hablar en las reuniones? ¿Acaso usted habla porque nadie más lo hace? Esa no es razón suficiente. Usted debería poder decir: “Yo hablo porque Dios está hablando en mí”. ¿Por qué visita usted a las personas? Porque Dios las visita. La carga que hay en el ministerio es la de infundir esta visión en todos los santos que conforman el recobro del Señor. Nos resulta fácil adoptar ciertas obras, comportamiento, conducta o actividad, pero no nos resulta fácil entrar en la realidad de vivir a Dios debido a la falta de una visión cabal. Nuestra visión, nuestra capacidad de ver, aún está circunscrita a la esfera compuesta por las siguientes preguntas: “¿Qué puedo hacer por Dios? ¿Qué camino debo tomar? ¿Qué método debo emplear?”. Dios no desea mostrarnos una manera, ni darnos un método ni tampoco disponer ciertas actividades externas para que las realicemos. El camino que Dios ha dispuesto consiste en que Él sea nuestra vida, que Él viva en nosotros a fin de que vivamos juntamente con Él. Vivir a Dios, de hecho, significa permitir que Él viva en nosotros y por medio de nosotros. No se trata simplemente de llevar a cabo ciertas

actividades, por muy espirituales que sean, sino de vivir juntamente con Dios, de vivirle a Él.

Nuestra vida diaria debe ser en realidad Dios mismo

Nuestra vida diaria debe ser en realidad Dios mismo. Juan 5:26 dice: “Como el Padre tiene vida en Sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en Sí mismo”. Dios dio vida al Hijo para que el Hijo tenga vida en Sí mismo. La vida se halla en el Padre. En el sentido estricto de la palabra, la única vida diaria verdadera consiste en vivir a Dios, porque en Él se halla la vida. Él posee la vida; Él es la corporificación de dicha vida. Así pues, nuestro diario vivir tiene que ser Dios mismo.

*Dios es el único que es digno de Sí mismo,
y nadie puede igualarle o compararse con Él*

Dios es el único que es digno de Sí mismo, y nadie puede igualarle o compararse con Él (1 P. 1:15-16). No seamos como los hijos de Israel que, en su arrogancia, respondieron a Dios diciéndole: “Todo lo que Jehová ha dicho, lo haremos” (Éx. 19:8). ¿Cómo podemos por medio de nuestra conducta y hechos igualar lo que se nos presenta en este maravilloso cuadro que expresa a Dios? Lo que nos es revelado en los Diez Mandamientos es Dios mismo en Su santidad, en Su justicia, en Su amor y en Su luz. Es imposible que por nuestra propia cuenta expresemos tales atributos. Dios es el único digno de Sí mismo, y nadie puede igualarle o compararse a Él.

En 1 Pedro 1:15-16 dice: “Así como el Santo, quien os llamó, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: ‘Sed santos, porque Yo soy santo’”. Dios nuestro Padre es el Santo; Él es el Dios santo. Él espera que Sus hijos también sean santos. ¿Puede usted ser santo? No podemos ser santos por nuestra propia cuenta. Dios es santidad. Todo lo que es común, no es santo. Si existe alguien santo, ése es Dios mismo. Que Dios nos diga: “Sed santos porque Yo soy santo”, equivale a decir: “Sed Dios, porque Yo soy Dios”, pues sólo Dios es santo. Ninguno de nosotros, en virtud de su propia carne y sangre, puede ser santo.

Mateo 5:48, un versículo gemelo de 1 Pedro 1:16, dice: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”. Cada vez que leo este versículo, me digo a mí mismo: “No puedo lograrlo”. ¿Qué debemos hacer? Quizás no sepamos cómo aplicar este versículo,

pero sabemos que dichas palabras están en las Santas Escrituras. Son las palabras de Dios mismo. No son nuestras palabras, ni tampoco las de los apóstoles, sino que es Dios quien nos dice a cada uno de nosotros: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”. Dios puede decirnos esto porque hemos nacido de Él. Él nos engendró y depositó Su vida en nosotros. No sólo somos aquellos que le siguen o le adoran; somos Sus hijos. Hemos recibido Su vida y Su naturaleza. Por tanto, tenemos la capacidad de ser no sólo perfectos, así como nuestro Padre que está en los cielos es perfecto, sino también santos, al igual que Dios es santo.

Puesto que solamente Dios es digno de Sí mismo, andar como es digno de Dios significa vivir a Dios, es decir, expresar a Dios en nuestra vida diaria

Puesto que solamente Dios es digno de Sí mismo, andar como es digno de Dios significa vivir a Dios, es decir, expresar a Dios en nuestra vida diaria. En 1 Corintios 10:31 dice: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. Ahora, ¿qué significa en realidad hacer todo para la gloria de Dios? ¿Es acaso prestarle ayuda a una persona minusválida y, después de hacerlo, declarar: “Gloria sea a Dios”? No. Gloria es la expresión de Dios mismo. Así que si usted ayuda a alguien, debería ser Dios, y no usted, quien ayude a esa persona. De esta manera, en el proceso mediante el cual esa persona recibe ayuda, Dios es expresado. Todo lo que usted haga, hágalo para la gloria de Dios, para que Dios sea expresado. Todo lo que hagamos, ya sea beber o comer, no debe tener como finalidad nuestra propia satisfacción, sino la gloria de Dios.

Esto está estrechamente relacionado con vivir a Dios. Si no vivimos a Dios, ¿cómo podríamos hacer todas las cosas para la gloria de Dios? ¿Cómo podríamos manifestar Su gloria? ¿Cómo podría Dios obtener Su expresión? Si no vivimos a Dios, todo lo que hagamos sólo será nuestra propia obra, nuestro propio mérito. Eso no será la gloria de Dios, sino nuestra propia gloria. Al decir: “¡Oh cuán bueno soy, qué paciente y amoroso soy!”, esto es gloria para nosotros mismos. Pero Pablo dice: “Hacedlo todo para la gloria de Dios”. Esto significa que al hacer cualquier cosa, no debemos ser nosotros los que vivimos, ni tampoco los que laboramos; más bien, debemos vivir a Dios. Es sólo al vivir a Dios que podemos darle la gloria a Él.

Por ser hijos de Dios, que poseen Su vida y Su naturaleza, podemos andar como es digno de Dios al vivirlo a Él

Por ser hijos de Dios, que poseen Su vida y Su naturaleza, podemos andar como es digno de Dios al vivirlo a Él (Jn. 1:12-13; 1 Jn. 3:1).

Vivir la vida de Dios significa vivir por Dios e incluso vivir a Dios mismo

Vivir la vida de Dios significa vivir por Dios e incluso vivir a Dios mismo. Esto es lo que significa vivir la vida de Dios. Es vivir por Él y vivirlo a Él.

Sólo una vida que vive a Dios es digna de Dios; cuando vivimos a Dios, andamos como es digno de Él

Sólo una vida que vive a Dios es digna de Dios; cuando vivimos a Dios, andamos como es digno de Él (1 Ts. 2:12). Filipenses 1:20-21 dice: “Conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte. Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”. Pablo tenía un anhelo y esperanza, a saber, que en nada fuera avergonzado. Él sabía lo que había recibido de parte del Dios Triuno. Sabía que el abundante suministro del Espíritu de Jesucristo estaba con él. Por eso había en él un anhelo profundo de no ser avergonzado, sino de ser hallado digno de esta Persona. ¿Se halla en nosotros este mismo anhelo, o estamos satisfechos simplemente con asistir a las reuniones, leer la Biblia o realizar algún servicio en la vida de iglesia?

Pablo abrigaba una esperanza debido a lo que el Dios Triuno había depositado en él. En lo profundo de su ser, él anhelaba vivir a Cristo, anhelaba andar como es digno de Él. Pablo deseaba no ser avergonzado en nada. Aun cuando Pablo estaba en una situación tan adversa, en prisión, y había motivo para quejarse o murmurar, persistía en él un anhelo y una esperanza de no ser avergonzado. Yo quiero también vivir y andar como es digno de Dios. Es bueno tener este anhelo: llevar una vida que sea digna de Él. No debería ser nuestro anhelo conformarnos simplemente con lo que hemos logrado, o decir: “Me doy por satisfecho mientras no peque y siga en la vida de iglesia”. Esto no es suficiente. Debe haber en nosotros un profundo anhelo y deseo por llevar una vida que sea digna de Dios. “Oh Señor, deseo llevar una vida que sea digna de Ti”. Debemos tener tal anhelo. Esto no es una exigencia imposible, ni tampoco es una meta imposible de lograr.

Vivir a Dios y ser dignos de Él debería ser nuestro más profundo anhelo y esperanza.

La economía de Dios consiste en que Dios mismo sea nuestra vida y en que le vivamos; el propósito de Dios según Su economía es impartir a nuestro ser Su elemento, Su sustancia y los ingredientes de Su naturaleza, a fin de que le vivamos

La economía de Dios consiste en que Dios mismo sea nuestra vida y en que le vivamos a Él; el propósito de Dios según Su economía es impartir a nuestro ser Su elemento, Su sustancia y los ingredientes de Su naturaleza, a fin de que le vivamos (1 Ti. 1:4; Ef. 3:16-19; Fil. 1:20-21a). La economía de Dios es el plan que estaba escondido en Su corazón según Su beneplácito, cuyo centro consiste en que Él mismo sea nuestra vida a fin de que le vivamos al tomarle como nuestra vida. Que Dios sea nuestra vida y que nosotros le vivamos no sólo es la revelación básica contenida en toda la Biblia, sino también el tema central de la revelación divina. Es por eso que Dios, en Su economía, ha pasado por un proceso de encarnación, vivir humano, crucifixión, resurrección y ascensión para llegar a ser el Espíritu vivificante e impartirse a Sí mismo en nuestro ser, de modo que Él sea nuestra vida y nosotros le vivamos a Él.

Me doy cuenta de que quizás para muchos de ustedes estas palabras se han vuelto comunes; no obstante, esta visión necesita ser infundida en nuestro ser. El tema central de la economía de Dios consiste en que Él se imparta a Sí mismo en nuestro ser para llegar a ser nuestra vida a fin de que le vivamos. Éste es el tema central de Su economía. Por causa de Su economía, Dios pasó por un proceso a fin de impartir a nuestro ser Su elemento, Su sustancia y los ingredientes de Su naturaleza. Por tanto, lo que hoy poseemos no es meramente un Salvador objetivo para nosotros. Al contrario, poseemos en nuestro ser el elemento de Dios, Su sustancia y los ingredientes que son propios de Su naturaleza divina, a fin de que le vivamos a Él.

Conocer a Dios es vivirle, y vivir a Dios es conocerle

Conocer a Dios es vivirle, y vivir a Dios es conocerle (He. 8:10-11). Nosotros deseamos conocer al Señor porque le amamos. Algunos cristianos que aman al Señor, que buscan más de Dios y desean conocerlo asisten a escuelas y seminarios bíblicos. Estudian teología con el deseo de conocerle. Sin embargo, a Dios no se le puede conocer mediante la

teología; antes bien, son muchos los que a raíz de la teología se han apartado de Dios. Si hemos de conocer a Dios, tenemos que vivirle a Él.

Antes de que una pareja se case, quizás piensen que ya se conocen el uno al otro. Es posible que el hombre diga: “Ella es muy hermosa, muy inteligente y muy capaz”. Y la mujer, pensando en él, quizás diga: “Oh le conozco bien. Él es muy guapo, muy inteligente y muy capaz”. Los dos creen que se conocen el uno al otro; sin embargo, una vez que se casan y viven juntos por algún tiempo, la esposa tal vez diga: “Ahora sé que él no es tan inteligente ni comprensivo como yo pensaba”. Así que, al vivir juntos y al formar parte el uno en la vida del otro, llegan a comprender la verdadera historia.

No podemos conocer a Dios como si Él fuera una silla o un automóvil. Dios es una persona viviente. Si hemos de conocer verdaderamente a Dios, debemos vivirle. Según Hebreos 8, tenemos el nuevo pacto que Dios nos prometió. El Señor dijo: “Pondré Mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré” (v. 10). Estas leyes hacen referencia a la ley de vida que opera en nosotros; y es en virtud de esta ley de vida, la cual es el principio y capacidad innatas de la vida divina, que podemos conocer a Dios. El versículo 11 afirma: “Y ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos”. Por tanto, vivir a Dios es el verdadero camino que lleva a un creyente a conocer a Dios. No trate de conocer a Dios asistiendo a un seminario o a una escuela bíblica, pues eso no le ayudará. Más bien, usted debe vivir a Dios; sólo así podrá conocer cuáles son Sus gustos, qué es lo que le agrada o le desagrada. Así que, si hemos de conocer verdaderamente a Dios, necesitamos vivirle, y al vivir a Dios, realmente le conoceremos.

La meta que Dios se ha fijado en Su economía es que nosotros, Su pueblo escogido y redimido, poseamos interiormente Su vida y Su naturaleza, y manifestemos externamente Su imagen y semejanza

La meta que Dios se ha fijado en Su economía es que nosotros, Su pueblo escogido y redimido, poseamos interiormente Su vida y Su naturaleza, y manifestemos externamente Su imagen y semejanza (Gn. 1:26; 2:9). Dios creó al hombre a Su imagen y conforme a Su semejanza. Esto se refiere al aspecto externo. Después de crear al hombre, Dios le llevó al huerto del Edén y le puso delante del árbol de la vida. El hombre creado no sólo necesitaba tener la imagen y semejanza de Dios

exteriormente, sino que también necesitaba poseer la vida y naturaleza de Dios interiormente. Si hemos de expresar a Dios en Su imagen y semejanza, necesitamos poseer en nuestro interior la sustancia y realidad de Dios, lo cual está tipificado por el árbol de la vida. Para obtener esta realidad interna, debemos comer a Dios y disfrutarlo. Ésta es la función del árbol de la vida; si no comemos de dicho árbol, nos será imposible, en términos prácticos, expresar a Dios en Su imagen y semejanza.

*En el ámbito de la vida divina y por la ley de la vida divina,
Dios será forjado en nosotros, y nosotros le viviremos
y llegaremos a estar constituidos de Él, esto es,
de Su vida y naturaleza mas no de Su Deidad*

En el ámbito de la vida divina y por la ley de la vida divina, Dios será forjado en nosotros, y nosotros le viviremos y llegaremos a estar constituidos de Él, esto es, de Su vida y naturaleza mas no de Su Deidad (Ro. 8:2, 6, 10-11, 29).

*Finalmente, llegaremos a ser una entidad corporativa
—el Cuerpo de Cristo— y seremos uno con Él y le viviremos,
con miras a Su expresión corporativa*

Finalmente, llegaremos a ser una entidad corporativa —el Cuerpo de Cristo— y seremos uno con Él y le viviremos, con miras a Su expresión corporativa (Ef. 4:4-6). Ésta es la meta que Dios se ha fijado en Su economía: obtener no solamente individuos sino una entidad corporativa, el Cuerpo de Cristo, a fin de que seamos uno con Él y le vivamos con miras a Su expresión corporativa.

*El propósito de Dios era hacer de Job un hombre de Dios,
lleno de Cristo, quien es la corporificación de Dios,
de modo que él llegara a ser la plenitud de Dios
con miras a la expresión de Dios en Cristo*

El propósito de Dios era hacer de Job un hombre de Dios, lleno de Cristo, quien es la corporificación de Dios, de modo que él llegara a ser la plenitud de Dios con miras a la expresión de Dios en Cristo (1 Ti. 6:11; 2 Ti. 3:17; Ef. 3:16-19). Job era un hombre recto, apartado del mal y temeroso de Dios; Dios lo consideraba como un hombre íntegro. Hablando en términos humanos, Job era un caballero perfecto. ¿Qué más se podía pedir de él? Job era un hombre íntegro y recto, pero no

era un hombre de Dios; es decir, era un buen hombre, pero no un Dios-hombre. La intención de Dios era que Job fuese un Dios-hombre y, por esta razón, Dios permitió que Satanás acosara a Job y le causara sufrimientos a fin de que éste fuera perfeccionado. Era necesario que Dios despojara a Job de su propia “perfección”, de su propia rectitud, con el propósito de que llegara a ser en su constitución intrínseca no un buen hombre, sino un Dios-hombre.

*Dios disciplina a Su pueblo santo con el propósito de despojarlo
de todo cuanto posee y hacer que reciba a Dios
como su única ganancia*

Dios disciplina a Su pueblo santo con el propósito de despojarlo de todo cuanto posee y hacer que reciba a Dios como su única ganancia (Job 2:4-6). Todos sabemos que no le es difícil a una persona mala darse cuenta de que necesita a Dios. Por ser una persona pecaminosa y miserable, le es fácil reconocer que necesita a Dios. Pero para una persona tal como Job, quien era benévolo, recto y perfecto, temeroso de Dios y apartado del mal, le era muy difícil reconocer que necesitaba a Dios. Una persona como Job, ¿que más necesita? Aparentemente, él no necesitaba a Dios porque todo le iba muy bien. Según nuestra experiencia, las personas buenas e íntegras son las que más dificultad le presentan al Señor, ya que le es difícil a Él tocar el ser de ellas y ganarlas para Sí.

Job se apartaba del mal porque lo aborrecía, pero no se aborrecía a sí mismo. No fue sino hasta después de haber luchado y discutido con Dios que, finalmente, en el capítulo 42, Job pudo decir: “De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco” (vs. 5-6). Después de que Job vio a Dios y fue iluminado por Él, toda su perfección, su rectitud y su presunta piedad se desmoronaron. Job se dio cuenta de que todas estas cosas no eran sino el fruto de sus propios esfuerzos y comportamiento. Por medio de la disciplina que Dios le impuso en su entorno, Job fue despojado de su rectitud y perfección, y también fue reconstruido, remodelado y reedificado con otro elemento, esto es, con Dios mismo. Al final, Job se aborreció a sí mismo, se odió a sí mismo. No importa cuán recta, buena y perfecta sea una persona, mientras siga siendo ella misma, no será digna de Dios y será aborrecible. Dios es el único que es digno de Sí mismo.

*La intención de Dios consiste
en demolerlos y reconstruirlos consigo mismo
como nuestra vida y naturaleza, a fin de que
seamos personas que son absolutamente uno con Él*

La intención de Dios consiste en demolerlos y reconstruirlos consigo mismo como nuestra vida y naturaleza, a fin de que seamos personas que son absolutamente uno con Él. El otro día alguien me preguntó: “¿Por qué permite Dios que tantas cosas malas le sucedan a la gente buena?”. Le respondí: “No sé. Yo no soy Dios”. Ciertamente Dios permite que a las así llamadas buenas personas les sobrevengan muchos sufrimientos, problemas y dificultades porque Él quiere derribar en ellas aquello que consideran bondad, la cual está arraigada en su ser, a fin de vaciarlas y reedificarlas consigo mismo como vida y naturaleza. En el aspecto positivo, a Dios no le interesaba que Job fuera una persona recta, perfecta, apartada del pecado y temerosa de Dios. De hecho, todas estas virtudes llegaron a ser un obstáculo y una frustración para que Job conociera a Dios y le viviera. Conforme al deseo de Dios, Job debía ser despojado de todos sus logros, de todo aquello que él había venido edificando en su conducta toda su vida, hasta que simplemente viera a Dios. Ver a Dios es obtener a Dios, recibir Su infusión, a fin de vivirle a Él.

*La obra que Dios hizo en Job,
la cual consistía en despojarlo y consumirlo,
tenía como fin demolerlo para que así
Dios pudiera tener una base y un camino para reconstruirlo
consigo mismo, y hacer de él un Dios-hombre*

La obra que Dios hizo en Job, la cual consistía en despojarlo y consumirlo, tenía como fin demolerlo para que así Dios pudiera tener una base y un camino para reconstruirlo consigo mismo, y hacer de él un Dios-hombre (42:1-6). Después de cuarenta y dos capítulos, Job finalmente llegó a ser un Dios-hombre. ¡Aleluya! Ya no era solamente un buen hombre, sino un Dios-hombre.

*Andar como es digno de Dios al vivirlo a Él,
equivale a llevar la vida del Dios-hombre*

Andar como es digno de Dios al vivirlo a Él, equivale a llevar la vida

del Dios-hombre. Vivir a Dios es llevar una vida juntamente con Dios. Ésta es la vida de un Dios-hombre.

*Es preciso que veamos que somos Dios-hombres
que hemos nacido de Dios
y pertenecemos a Su especie*

Es preciso que veamos que somos Dios-hombres que hemos nacido de Dios y pertenecemos a Su especie (Jn. 3:3, 5-6). Darnos cuenta de que somos Dios-hombres no es algo insignificante. Ver este hecho —que somos Dios-hombres— nos cambiará. Tal vez todavía nos consideremos “un pecador que fue salvo por gracia”; sin embargo, tenemos que declarar: “¡Soy un Dios-hombre!”. Es menester que recibamos esta visión. No debiéramos pensar que esto es demasiado elevado o que no somos dignos de ello. La obra mediante la cual llegamos a ser Dios-hombres no es nuestra. Hemos nacido de Dios. Él es nuestro Padre. Somos Dios-hombres que tenemos Su vida y Su naturaleza.

*Un Dios-hombre vive a Dios y le expresa;
el vivir de un Dios-hombre
es la vida que Dios lleva en el hombre*

Un Dios-hombre vive a Dios y le expresa; el vivir de un Dios-hombre es la vida que Dios lleva en el hombre (Fil. 1:20-21a).

*Los Dios-hombres son personas divinas y místicas,
que lo hacen todo con Dios, en Dios,
por Dios y mediante Dios*

Los Dios-hombres son personas divinas y místicas, que lo hacen todo con Dios, en Dios, por Dios y mediante Dios (1 Co. 10:31; Col. 3:17). El vivir del Dios-hombre no se conforma a cierto aprendizaje, ni a las prácticas de una religión ni tampoco a un conjunto de normas o leyes. Los Dios-hombres viven a Dios en la esfera divina y mística. Por un lado, somos divinos debido a que somos uno con Dios en vida; por otro, somos místicos porque somos humanos. Al llevar la vida del Dios-hombre, los demás pensarán que somos personas místicas y misteriosas. Quizás se pregunten por qué, en vez de ir a un picnic el fin de semana del 4 de julio, venimos a un lugar lleno de gente para tener reuniones y escuchar mensajes sobre la Biblia. A los ojos del mundo, estamos completamente locos. La gente del mundo no

nos puede entender. No somos solamente divinos, sino también místicos.

Mientras el Señor Jesús estaba en la tierra, Sus hermanos, quienes se hallaban completamente en la esfera humana, le animaron a que se manifestase al mundo durante la Fiesta de los Tabernáculos (Jn. 7:2-10). Pero el Señor les dijo: “Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto” (v. 6). Por tanto, el Señor se quedó y Sus hermanos fueron a la fiesta. Sin embargo, después de que Sus hermanos salieron, Él también fue a la fiesta, pero en secreto. Aquel era el vivir del Dios-hombre, un vivir que no se conformaba al entendimiento humano ni a los cálculos de ninguna persona. Debido a que Jesús administraba Su tiempo conforme a la dirección del Padre, Él no podía andar libremente como los demás, aun cuando se le presentó la oportunidad de ir a la fiesta. Su tiempo aún no había llegado porque Él vivía por el Padre. Aquel era el vivir del Dios-hombre en la esfera divina y mística.

**ANDAR COMO ES DIGNO DE DIOS ES ANDAR
CONFORME AL ESPÍRITU MEZCLADO, LO CUAL SIGNIFICA
VIVIR, ACTUAR, CONDUCIRNOS
Y HACERLO TODO CONFORME AL ESPÍRITU
QUE MORA EN NUESTRO ESPÍRITU**

Andar como es digno de Dios es andar conforme al espíritu mezclado, lo cual significa vivir, actuar, conducirnos y hacerlo todo conforme al Espíritu que mora en nuestro espíritu (Ro. 8:4; Gá. 5:16, 25). No existe en todo el universo un hecho más maravilloso que éste. El misterio más grande, más supremo, más profundo y más rico que existe en el universo es que el Espíritu divino, todo-inclusivo, vivificante y consumado mora en nuestro espíritu regenerado para ser un solo espíritu con nosotros. En el espíritu mezclado tenemos todo lo que necesitamos para llevar la vida del Dios-hombre, una vida digna de Dios. Nuestro Dios Triuno ha pasado por el proceso de la encarnación, el vivir humano, la muerte y la resurrección para llegar a ser el Espíritu vivificante a fin de no sólo entrar y morar en nuestro espíritu, sino también mezclarse con éste, haciendo de ambos espíritus uno solo. Aleluya por 1 Corintios 6:17 que dice: “El que se une al Señor, es un solo espíritu con Él”. Dios el Espíritu no solamente mora en nuestro espíritu, sino que ha llegado a ser un solo espíritu con nosotros. Éste es el mayor milagro y el mayor misterio.

**El espíritu mencionado en Romanos 8:4 no es meramente
el Espíritu de Dios, ni simplemente el espíritu humano;
más bien, es el espíritu mezclado,
la mezcla del Espíritu de Dios con el espíritu humano**

El espíritu mencionado en Romanos 8:4 no es meramente el Espíritu de Dios, ni simplemente el espíritu humano; más bien, es el espíritu mezclado, la mezcla del Espíritu de Dios con el espíritu humano (1 Co. 6:17). A los traductores de la Biblia les resulta difícil determinar si el espíritu que se menciona en Romanos 8:4 y Gálatas 5:16 y 25 se refiere al Espíritu divino, al Espíritu Santo o al espíritu humano. En realidad, el espíritu que se menciona aquí se refiere al espíritu mezclado, esto es, el Espíritu divino que ha entrado en nuestro espíritu y se ha mezclado con éste a fin de llegar a ser un solo espíritu mezclado.

**Andar conforme al espíritu mezclado no sólo significa
andar conforme al Espíritu de Dios sino también
seguir la dirección de nuestro espíritu regenerado,
en el cual mora el Espíritu de la vida de Dios**

Andar conforme al espíritu mezclado no sólo significa andar conforme al Espíritu de Dios sino también seguir la dirección de nuestro espíritu regenerado, en el cual mora el Espíritu de la vida de Dios (Jn. 3:6; Ro. 8:2, 10-11). Actualmente, los cristianos en el pentecostalismo dan énfasis al Espíritu Santo desde una perspectiva muy objetiva; lo ven como cierto poder que se derrama sobre ellos para hacer algo en ellos y con ellos, y que finalmente los conduce a realizar prácticas extrañas y fuera de lo normal. Sin embargo, conforme a la pura revelación que hallamos en la Palabra, el Espíritu no está fuera de nosotros como una especie de poder o fenómeno sobrenatural; más bien, el Espíritu Santo —la consumación del Dios Triuno procesado y consumado— mora en nuestro espíritu, e incluso se ha mezclado con nuestro espíritu, de tal manera que nuestro espíritu ha llegado a ser un espíritu mezclado. En otras palabras, cada vez que ejercitamos nuestro espíritu, no estamos ejercitando solamente nuestro espíritu, sino que también estamos “activando” y “motivando” al Espíritu divino que es uno con nuestro espíritu. Por tanto, ejercitar nuestro espíritu para invocar el nombre del Señor o para profetizar, no es un hecho insignificante. En ambos casos, no solamente estamos ejercitando nuestro

propio espíritu, sino que también estamos liberando el espíritu mezclado, el Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano. Tampoco es un hecho trivial que nosotros hablemos por el Señor u ofrezcamos una oración. En realidad, cuando hacemos esto, estamos liberando al Dios Triuno consumado como el Espíritu con miras a la edificación del Cuerpo.

Obedecer el sentir de vida, obedecer la enseñanza de la unción y andar conforme al espíritu son tres aspectos de una misma cosa

Obedecer el sentir de vida, obedecer la enseñanza de la unción y andar conforme al espíritu son tres aspectos de una misma cosa (v. 6; 1 Jn. 2:27). Al aprender a experimentar a Cristo como vida, debemos prestar atención a asuntos tales como el sentir de vida, la unción y andar conforme al espíritu. Es menester que nos demos cuenta de que estas cosas no están separadas en sí mismas; de hecho, son tres aspectos de una misma cosa.

Obedecer el sentir de vida es algo que está relacionado con Cristo como vida, y tiene que ver con la vida divina

Obedecer el sentir de vida es algo que está relacionado con Cristo como vida, y tiene que ver con la vida divina (Ro. 8:6; Col. 3:4). Cristo es nuestra vida, y esta vida está llena de sentimientos, de sensibilidad. Por tanto, cuando Cristo, quien es nuestra vida, vive en nosotros, nosotros también estamos llenos de sentimientos y sensibilidad. En esto consiste el sentir de vida. A veces, cuando estamos a punto de hacer algo, tenemos cierta sensación de muerte. En realidad, se trata del sentir de vida, pues Cristo, quien es vida en nosotros, nos está infundiendo cierta sensación de que no debemos hacer lo que estábamos pensando hacer.

Obedecer la enseñanza de la unción es algo que está relacionado con el Espíritu Santo como la unción que se mueve continuamente en nosotros, y tiene que ver con el Espíritu de vida

Obedecer la enseñanza de la unción es algo que está relacionado con el Espíritu Santo como la unción que se mueve continuamente en nosotros, y tiene que ver con el Espíritu de vida (Ro. 8:2). La unción es el Espíritu quien, como unguento, se mueve en nosotros. Alabado sea el Señor que el Espíritu no permanece inmóvil, sino que está operando en nosotros. Incluso ahora mismo, el Espíritu está obrando en

cada uno de nosotros. Él es la unción, y esta unción es la enseñanza viviente. Según 1 Juan 2:27, esta enseñanza nos enseña a hacer lo que debemos hacer o lo que no debemos hacer. Ésta es la unción del Espíritu.

Andar conforme al espíritu es andar conforme al espíritu mezclado, lo cual tiene que ver no solamente con el Espíritu de vida sino también con nuestro espíritu regenerado

Andar conforme al espíritu es andar conforme al espíritu mezclado, lo cual tiene que ver no solamente con el Espíritu de vida sino también con nuestro espíritu regenerado (Ro. 8:4; 1 Co. 6:17). En estos tres aspectos vemos lo siguiente: a Cristo, quien es vida para nosotros; al Espíritu, el cual se mueve en nosotros como la unción; y a nuestro espíritu regenerado, el cual está mezclado con el Espíritu divino para ser el espíritu mezclado. Obedecer el sentir de vida, obedecer la enseñanza de la unción y andar conforme al espíritu son, en nuestra experiencia, tres aspectos de una misma cosa.

Andar conforme al espíritu mezclado hace que nuestra carne, nuestro yo y nuestra vida natural pierdan su posición y su función

Andar conforme al espíritu mezclado hace que nuestra carne, nuestro yo y nuestra vida natural pierdan su posición y su función (Gá. 5:16; Mt. 16:24; 1 Co. 2:11-15). Son muchos los cristianos que, por medio de sus propios esfuerzos, buscan tomar medidas con respecto a su carne, su yo y su hombre natural. No se dan cuenta de que la clave no está en *cómo* hacerlo, ya que fracasarán siempre y cuando ellos, por sí mismos, se esfuercen, luchen y hagan todo para contrarrestar las actividades de su carne, su yo y su vida natural. La clave no está en el *cómo*, sino en el *dónde*. Así que, nosotros debemos ser aquellos que viven y andan en el espíritu mezclado; esto hace que la carne, el yo y la vida natural pierdan su posición y su función. Satanás sabe cómo meterse en todo lo hacemos, incluso en las cosas buenas. Satanás incluso puede entrometerse en nuestra lectura de la Biblia y en nuestra oración. Pero hay un lugar que Satanás no puede invadir: el espíritu mezclado. ¡Aleluya, podemos permanecer en nuestro espíritu mezclado! Si queremos ser liberados de la carne, el yo y la vida natural, es imprescindible que nos refugiamos en nuestro espíritu mezclado. Éste es lugar donde

Satanás no tiene cabida, y donde todas las cosas negativas pierden su posición y su función.

Andar conforme al espíritu mezclado hace posible que el Dios Triuno procesado y consumado —el Espíritu— tenga plena potestad en nosotros, a fin de que seamos uno con Él con miras a Su expresión corporativa

Andar conforme al espíritu mezclado hace posible que el Dios Triuno procesado y consumado —el Espíritu— tenga plena potestad en nosotros, a fin de que seamos uno con Él con miras a Su expresión corporativa (Ef. 3:16-21).

Cada creyente en Cristo debe practicar dos maneras de andar por el Espíritu

Cada creyente en Cristo debe practicar dos maneras de andar por el Espíritu (Gá. 5:16, 25). Conforme a la primera manera de andar (*peripatéo*), tomamos al Espíritu como la esencia de nuestra vida para nuestro diario vivir (v. 16). Conforme a la segunda manera de andar (*stojíeo*), tomamos al Espíritu como nuestro camino a fin de cumplir el propósito de Dios y alcanzar la meta de nuestra vida en la tierra (v. 25). La primera clase de andar es un andar general que es necesario para nuestra vida diaria, mientras que la segunda clase de andar es un andar particular, pues tiene un propósito y una meta específicos.

Al andar conforme al espíritu mezclado, nos mantenemos bajo la “lluvia” de la impartición divina de la Trinidad Divina

Al andar conforme al espíritu mezclado, nos mantenemos bajo la “lluvia” de la impartición divina de la Trinidad Divina (Ro. 8:4, 11). ¡Aleluya por la “lluvia” de la impartición divina! Es aquí donde no tenemos que esforzarnos, no tenemos que intentar hacer nada ni tampoco tenemos que luchar. Más bien, aquí estamos simplemente bajo la lluvia de la impartición divina de nuestro precioso Dios Triuno.

Por último, la Biblia nos muestra que sólo una cosa se requiere de nosotros: que andemos conforme al espíritu mezclado

Por último, la Biblia solamente requiere una cosa de nosotros: que andemos conforme al espíritu mezclado (v. 4). Debemos desechar todo esfuerzo propio por vencer el pecado, por vencer el mundo, por ser

santos y por crucificar la carne. El único requisito que Dios tiene para con nosotros, los creyentes neotestamentarios, es que andemos conforme al espíritu mezclado. Éste es el secreto único. Si se habla de un camino, éste es el camino: permanecer en el espíritu mezclado; y si se habla de un método, éste es el método: permanecer en el espíritu mezclado.

Andar conforme al espíritu mezclado equivale a permitir que el Dios Triuno procesado nos llene y nos colme hasta saturarnos por completo, a fin de que Él pueda expresarse por medio de nosotros de forma corporativa como el Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén

Andar conforme al espíritu mezclado equivale a permitir que el Dios Triuno procesado nos llene y nos colme hasta saturarnos por completo, a fin de que Él pueda expresarse por medio de nosotros de forma corporativa como el Cuerpo de Cristo, cuya consumación será la Nueva Jerusalén (Ef. 3:16-21; 4:4-6, 16; Col. 1:27; 2:19; 3:4, 10-11; Ap. 21:2, 10-11). Al andar conforme a este espíritu mezclado, permitimos que el Dios Triuno realice Su labor. No le detengamos ni le frustramos, sino dejemos que Él obre en nosotros. En términos prácticos, andar conforme al Espíritu es abrir al Señor todo nuestro ser, invocar Su nombre y tener contacto con Él al orar-leer Su Palabra. No piensen que estas cosas son sólo cosas básicas. ¿Qué piensa acerca de respirar, comer y beber? Ciertamente son cosas muy básicas; sin embargo, también son vitales, ya que son indispensables y esenciales. Si hemos de andar conforme al espíritu, debemos ser aquellos que invocan el nombre del Señor. Alabado sea el Señor que podemos invocarle a Él no sólo cuando estamos en las reuniones, sino también a lo largo de todo el día. Ésta debería ser nuestra práctica: inhalar al Señor invocando Su nombre. Debemos detener todas nuestras actividades e invocar Su nombre. Es así como disfrutamos la lluvia de la impartición divina que procede del Dios Triuno. Detengamos toda nuestra actividad y lucha, y simplemente invoquemos Su nombre.—J. L.